

HOMENAJE A RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL · 2

SIGUIENDO con la publicación del número ocho de nuestro *Boletín de información lingüística*, y dentro del reconocimiento que desde la Real Academia Española queremos tributar a don Ramón Menéndez Pidal en el bienio pidaliano (2018-2019), ofrecemos a los lectores tres artículos escritos por académicos.

En primer lugar, reproducimos el «Homenaje de la Real Academia Española a su director, Excmo. Sr. D. Ramón Menéndez Pidal con ocasión de cumplir este los noventa años» (*Boletín de la Real Academia Española*, xxxix, 1959, Págs. 7-37), que incluye los discursos pronunciados el 12 de marzo de 1959 en Junta Extraordinaria por los académicos D. Gregorio Marañón, D. Vicente García de Diego, D. Rafael Lapesa y D. José María Pemán, así como un poema de D. Gerardo Diego y las palabras de agradecimiento del propio D. Ramón.

En segundo lugar, el artículo titulado «Tres firmas de don Ramón Menéndez Pidal», de D. Alonso Zamora Vicente (*Boletín de la Real Academia Española*, XLIX, 1969, Págs. 375-378).

Y, por último, un artículo de D. Gregorio Salvador, leído en Junta Pública celebrada el 17 de noviembre de 1988, titulado «Don Ramón Menéndez Pidal y el Diccionario» (*Boletín de la Real Academia Española*, LXVIII, 1988, Págs. 369-373).





Ramón Menéndez Pidal en el Salón de Actos de la Real Academia Española.
Manuel Aumente. Ramón Menéndez Pidal, [1958-1968]. Gelatinobromuro, 237 x 178
mm. ARAE, FRAE FOT 029.

<http://archivo.rae.es/index.php/ramon-menendez-pidal-2>.

HOMENAJE
DE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
A SU DIRECTOR

EXCMO. SR. D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

CON OCASIÓN DE CUMPLIR
ÉSTE LOS NOVENTA AÑOS

El día 12 de marzo de 1959 se reunió la Real Academia Española en Junta Extraordinaria, especialmente convocada, para tributar un íntimo homenaje de cariño y admiración a su Director, D. Ramón Menéndez Pidal, con ocasión del XC aniversario de su nacimiento, acaecido el 13 de marzo de 1869.

El Secretario de la Corporación expuso en breves palabras el objeto de la presente Junta, dio cuenta de las numerosas adhesiones al acto recibidas por correo y telégrafo y anticipó la noticia, que sorprendió gratamente al interesado y llenó de júbilo a sus compañeros, de que el Jefe del Estado se había dignado conceder al Sr. Menéndez Pidal el Gran Collar de la Orden de Alfonso el Sabio.

El académico boliviano D. Luis Felipe Lira Girón, que asistía a la Junta, pronunció unas breves palabras en elogio de la obra y de la personalidad del Sr. Menéndez Pidal, y en representación de todas las Academias correspondientes de la Española se asoció cordialmente al homenaje que se le rendía.

Acto seguido, requerida la venia del señor Director, hicieron uso de la palabra los académicos de la Española cuyos nombres figuran a continuación:

D. GREGORIO MARAÑÓN

El magisterio de D. Ramón.

La fiesta de hoy es, tal vez, para la Real Academia de la Lengua la de más honda emoción de cuantas se han realizado en su seno. Quien nos dirige y simboliza cumple los noventa

años de su edad, y los cumple con tal vigor de su entusiasmo y de su entendimiento que la obra suya, que alcanzó, hace muchos años, en su *España del Cid*, proporciones magnas, se completa ahora, en los días de su nonagenario, con otro libro, la *Chanson de Roland*, de la misma ingente dimensión. *El cantar de mio Cid* y la *Chanson de Roland* significan, como el mismo Menéndez Pidal ha dicho, "los pórticos majestuosos de dos grandes literaturas", y en la obra de D. Ramón significan también el pórtico majestuoso de su monumental creación y, por lo tanto, el pórtico a través del cual la Historia futura contemplará la vida de este extraordinario español.

A todos los hombres cultos del mundo les servirá de alegría este acontecimiento, rayo de luz entre las inquietudes de hoy. Para nosotros, los españoles, esta alegría se confunde con el orgullo de haber vivido al mismo tiempo y de haber conocido en su admirable humanidad a una de las más grandes figuras del pensamiento hispánico; y el pensamiento es, en el supremo balance de la Historia, lo único que no se discute y lo que da categoría definitiva a los pueblos.

Otros señores académicos, doctos en las mismas disciplinas que nuestro Presidente, van a hablar ahora de su obra. Pero el magisterio de D. Ramón no se limita a su obra, sino a su vida. Yo creo, y hace poco lo comentaba con un fraternal amigo mío, que la obra de un grande hombre no puede ser ejemplar si no ha sido ejemplar su vida. Pueden escribirse libros, o pintarse cuadros, o realizarse obras sociales que nos llenen de justa admiración. Pero la creación no tendrá nunca la divina gracia que la hace para siempre eficaz si no ha sido acompañada de la gravedad, de la generosidad y de la rectitud; que son tan necesarias como el genio para que sea fecunda y perdurable la sabiduría. Todo esto se ha dicho desde siempre, pero como se olvida siempre es necesario recordarlo una vez más.

D. Ramón Menéndez Pidal ha sido en la España actual el maestro por excelencia, porque, fuera de sus libros y de su cátedra, nos ha dado a todos un ejemplo inigualado de la verdadera sabiduría. Los largos años de su actividad pública han sido luminosos por su ciencia tanto como por su bondad. Nadie puede contar nada de su vida que no sea claro y justo. Y sobre

esto sí quiero decir algunas palabras. Porque el secreto de su larga madurez sin otoño, que tanto nos alborozó hoy, es, precisamente, su bondad.

Los anectodatarios están llenos de máximas, y los Tratados de Medicina de teorías y de recetas sobre la larga vida y los modos de alcanzarla. El ejemplo de D. Ramón ahorra todos los comentarios. Dejando aparte el misterio sobrehumano que rige el destino de cada hombre, éste, cada hombre, vive mucho o poco según sea su voluntad de vivir.

Muchas gentes malgastan la vida según se la va dando Dios. Los más aspiran a llegar a la vejez para descansar, para alcanzar el mito de la jubilación, que, así entendida como descanso, es, en realidad, la trampa en la que la muerte hace su gran cosecha. La aspiración del varón inteligente es, por el contrario, poner a la propia labor un límite más allá de la muerte. Entonces la jubilación no es un descanso, sino la liberación de servidumbres enojosas, es decir, un modo de perfeccionar la propia creación. Incluso las limitaciones que imponen los años, no suponen mengua en la función creadora si esa adaptación es inteligente y sabe convertirse en depuración para el saber y en mayor serenidad, sin menoscabo del fervor. Así ha sucedido en D. Ramón Menéndez Pidal.

De cuantas recetas han dado todos los sabios, antiguos y modernos, para alcanzar el secreto de la larga vida y para aplicarla, ninguna es tan cierta como la que me decía, frente a Toledo, Alexis Carrel: seguir interesándose en lo que nos interesó de jóvenes; no dar nunca por terminada el ansia de crear; jamás descansar.

Así ha sido D. Ramón. No hay un paso en su vida de investigador y de escritor, desde su juventud, que ya nos parece historia a los que tenemos la cabeza blanca, hasta su glorioso nonagenario, que no forme parte de la grandiosa obra, universal y nacional, que hoy culmina con su último libro.

Esta obra la ha realizado sin una sola declinación de su entusiasmo. No ha tenido que preguntar a los médicos lo que debía hacer. La gran ciencia de vivir es rigurosamente personal, y escapa a todas las recetas. Se puede, por arrebatos de la pasión, malbaratar la vida; pero el que quiere guardarla para lo que más

nos acerca a Dios, que es la creación, nada tiene que aprender, porque es una ciencia que se aprende sola.

En el prólogo de *Flor Nueva de Romances Viejos*, que es una pieza esencial en la biografía de D. Ramón, nos dice éste: “Yo aprendí desde mi niñez los romances en una tierra empapada de ellos, en la arcaizante Asturias. Su canto alegraba las siempre alegres excursiones muchachiles por el Puerto de Pajares, por los encinares del Pardo, por las entonces solitarias cumbres del Guadarrama, y reanimado por frescas voces femeninas, contagiadas de la misma afición, afirmaba en mi ánimo la verdad del consabido verso: “Viejos son, pero no cansan.”

“Y después, para estudiar la esencia y la vida de la poesía tradicional, he buscado los restos antiguos del Romancero en las bibliotecas principales de Europa; los he buscado con avidez en la tradición viva, y los he oído cantar en multitud de pueblos, desde las brañas de los vaqueros asturianos hasta las cuevas del Monte Sacro, a la vista de la romanesca Granada, y en las orillas del Plata y al pie de la gigante mole de los Andes.”

Y añade este único rasgo de orgullo que aparece en toda su obra, pero orgullo santo, porque es la afirmación conmovedora de su amor a España, en su alma profunda y no en la de los mercaderes del patriotismo: “Yo me encuentro así que soy el español de todos los tiempos que haya oído y leído más romances.”

La vida de D. Ramón, que siendo tan larga podría escribirse en unas pocas páginas, está toda aquí, con su figura apostólica frente a un paisaje luminoso y sereno como los fondos de una pintura clásica que podría ser ese mismo de los encinares del Pardo, con el Guadarrama detrás, donde él y otros hombres admirables soñaron un día con el despertar de España.

Toda su vida está aquí, yendo como una abeja, pausada, fecunda e incansable, de los archivos a las romerías o a la vera de las viejas que habían olvidado todo menos el romance, vivo a través de los siglos, y, a veces, modificado, como cambia la vida misma, que daba un latido nuevo a los papeles empolvados de las bibliotecas.

Toda su obra ha nacido de esta misma conjunción del saber

erudito y del saber popular, y por eso tienen sus libros, aun para los no doctos, una emoción de vida, a la vez lejana y presente, que es el secreto de su gloria.

Y esta obra no se ha detenido jamás, porque D. Ramón ha vivido para crearla viviendo, y no sólo para vivir. No se detuvo ni cuando Jimena, su hija, otra de las creaciones admirables de D. Ramón y de D.^a María, durante su temporal ceguera, le ayudó a seguir su labor, como Melchor Fernández Almagro recordaba hace poco en una página, como todas las suyas, de admirable emoción. No se detuvo tampoco cuando sobrevino el horror de la guerra, y —yo lo puedo decir— en su refugio para escapar a la violencia, y después en el exilio, trabajaba y trabajaba. Hace poco nos decía un profesor norteamericano, emocionado todavía, que muchas veces, en la Biblioteca de la Universidad de Columbia, veía, desde la primera hora, a un lector, de noble cabeza, absorto horas y horas, que le llamó la atención por su entrega absoluta a la tarea; y supo, cuando preguntó su nombre, que era nada menos que D. Ramón Menéndez Pidal.

Así ha ido construyendo la magna obra, empezada a conciencia de que tendría que vivir para terminarla más de lo que viven la mayoría de los hombres. Sacrificando todo lo que él sabía que le podría ser útil para crear; convirtiendo la renuncia de muchas cosas y la atadura a una rigurosa disciplina en alegría permanente, a veces casi infantil de puro sencilla, y más serena a medida que pasaban los años, porque le iban acercando al remate de la obra adivinada en la juventud.

Al cumplir los ochenta años, un gran filólogo, Vössler, le escribió —D. Ramón lo cuenta en su último libro— felicitándole por su labor, “viendo que era el espíritu de tradicionalidad el principal legado hispánico a la cultura universal; el que pudiera ser más trascendente en estos tiempos de innovación revolucionaria, de ruptura, de subversión, en todos los órdenes de la vida”.

De la obra de Menéndez Pidal, en efecto, surge, junto al tesoro de los hallazgos filológicos, una concepción universal, la del tradicionalismo como fuerza de equilibrio y de progreso. Un tradicionalismo fecundo, y no un ancla para seguir en el puerto,

lo cual suele ser un pretexto para no hacerse a la mar. La *Chanson de Roland* lleva por subtítulo *El neotradicionalismo*, subtítulo que es la consagración de su universalidad.

Pero D. Ramón, sin embargo, no estaba contento todavía. Ya había andado mucho en el camino alabado por Vössler y por todas las autoridades del mundo; había andado tanto que nadie lo hubiera podido aventajar. Pero quedaban para su ímpetu muchas leguas por delante aún.

Recuerdo que por esta fecha, exactamente cuando cumplía los ochenta años, me dijo que le quedaba obra para quince años más. Y a los noventa nos deja este nuevo libro, que parece que puede cerrar el ciclo de su obra ciclópea, porque tiene, además de los hechos arrancados al tiempo pasado, la estructura de una vasta concepción histórica y política: la necesidad del tradicionalismo para poner en orden las cosas "frente a la desorbitada ansia de originalidad individual que hoy aqueja al arte"; al arte y a la vida.

Y ante la certeza de que pueda discutirse su concepción, Menéndez Pidal aguarda, arma al brazo, la polémica; y anuncia, el mismo día de su cumpleaños, que sobre todo esto "volveré a tratar en otra publicación que pronto aparecerá, si la vida me dura". Y Dios querrá que dure.

En las páginas de *Los españoles en la Historia*, que espero que algún día se leerán en todas las escuelas, habla Menéndez Pidal, con la solemnidad de un oráculo, del máximo pecado de los españoles, a saber: el que "media España rechace lo hecho por la otra media y quiera darlo por inexistente". "No se piensa —añade— que cada época es la resolución de ineludibles exigencias vitales, según el apremio de las circunstancias ambientales. Al enfrentarse con estas urgentes realidades, el genio de un pueblo puede, en un momento dado, mostrarse más o menos feliz; o puede caer en un desacierto; pero lo deberemos explicar comprensivamente, más bien que inculparlo." Y termina así: "No cabe suponer que un pueblo atraviase siglos de ofuscación y siglos de clarividencia. Una indisoluble unidad traba todos los momentos de la vida, y todos ellos integran la manifestación del carácter nacional. Tanto el espíritu de unas

épocas como el de otras constituye nuestra herencia tradicional común, herencia irrepudiable en cualquiera de sus porciones."

No hay en la vida nada que no tenga una profunda razón. Y podemos creer que para que el más ilustre historiador de nuestro tiempo pueda hablar así, sin otra pasión que la del puro amor a su patria, a todos los que deben oírle, y ninguno de nosotros escapa a este deber, para hablar así, le ha sido concedido por Dios el privilegio excepcional de poder contemplar con su inteligencia lúcida, como un faro desde la altura de casi un siglo, el pasado y el porvenir de España.

D. VICENTE GARCÍA DE DIEGO

Junto a los otros, pero distinto de los otros homenajes de la Academia y de otras instituciones, rinde hoy la Real Academia Española un cordial homenaje a su amado Director, D. Ramón Menéndez Pidal. No es éste, como otros, un homenaje a la memoria, sino a la vida. No es éste el homenaje entremezclado que a veces rinden las instituciones o los pueblos a sus hombres gloriosos con la intención directa de enaltecerlos y a la vez con la intención indirecta de enaltecerse, apropiándose algo de su gloria, sino el homenaje simple y limpio de la admiración y el cariño a quien enalteció los blasones de su casa y de su patria. No es éste el homenaje del arrepentimiento por la injusticia, sino del júbilo por el justo premio otorgado. No es la ruborosa reparación, sino la aclamación alegre de los que siempre celebraron sus victorias. Hoy celebra la Academia Española una grande y sencilla fiesta familiar, en la que resalta una de las más raras virtudes humanas: la fidelidad de la propia familia hacia quien se ha desvelado por protegerla y elevarla.

Mi cariño al hombre y mi admiración a su obra exigían un canto fervoroso y un estudio a fondo; pero el tiempo implacable y mi torpeza hacen que mi elogio de hoy se reduzca a unos trazos inseguros y desvaídos de su figura ilustre.

El año 1895 señala una fecha memorable para la Real Academia Española y para la Filología de España. En este año la Academia premia un trabajo presentado al concurso que se ha-

bía cerrado en 1893. Un joven de veinticuatro años presentaba una obra de desusada categoría científica. Esta obra era en su fondo y en su método una incorporación al nuevo y riguroso sistema de la ciencia del lenguaje. Para España significaba la presentación ante la ciencia europea de un joven investigador, armado de buenas armas, de una clarividencia privilegiada y de una ambiciosa e irrendible laboriosidad. Para nuestros aficionados al vistazo lúcido, a los atisbos discontinuos y al juicio aventurado aquello era la sorpresa de un raro trabajo hispano reposado, sostenido y pormenorizado.

Como en las cosas que de verdad se quieren y se miran por los cuatro costados, Menéndez Pidal no se satisfacía con cumplir los requisitos de una convocatoria y recibir el galardón de un premio. Por las cuatro caras del Poema va girando la curiosidad del filólogo y por todas las capas interiores va haciendo calas su deseo. La lengua del Poema, su fondo histórico y social, los orígenes y vicisitudes del texto, la mano feliz o pecadora del refundidor, la búsqueda de éste hasta descubrirle por su documentación y por sus maneras, su residencia, son temas que intenta resolver la diligencia inquisitiva del filólogo español. A otros filólogos, grandes hispanistas, venían atrayendo estos graves acertijos del gran monumento literario, y Menéndez Pidal va recogiendo y sopesando sus juicios hasta madurar su obra, que viene al mundo como memorable acontecimiento en 1908. En 1904 aparece el *Manual de Gramática Histórica*. Esta obra no era sólo la introducción de un método nuevo, sino la presentación de un libro ejemplar de pleno rigor científico y de extrema claridad. Secuela de la obra del Cid, la vista general de este libro metódico y claro muestra los amplios horizontes del castellano. En estas dos obras Menéndez Pidal logra europeizar (esta voz no es escandalosa en Filología) la Filología moderna de España. Europa, desde 1836, con la obra de Díez, conocía ya las rutas nuevas, y desde 1886 exploraban las zonas peninsulares exploradores expertos, pero que llevaban nombres germanos o franceses: Baist para Castilla, Cornu por Portugal y Morel-Fatio por Cataluña.

La obra magna de Meyer-Lübke de 1890 estaba pidiendo contribuciones particulares. Una estimable contribución a esta

llamada era la *Gramática Histórica* del académico D. José Alemany. Pero el *Manual* de Menéndez Pidal ha quedado como bien perfilado modelo de un libro elemental.

Tan heterogéneo es el español, que un día la fonética discriminará los rasgos de las hablas provinciales, que el castellano avasallador fué eliminando y absorbiendo; pero aun esta fonética complicada del futuro tendrá que moldearse en el troquel precioso del libro de Menéndez Pidal.

El tomo 29 de la *Romania* de 1900 ofrecía otra sorpresa a los estudiosos. En el palenque de maestros internacionales aparecía un joven español con un artículo memorable. Digo joven, aunque Menéndez Pidal tenía treinta años, porque a esa edad sólo se juega a las etimologías, y aquello no era un juego, sino un florido vivero que sigue vivo. D. Ramón ha recalcado que es etimologista sin dedicación expresa, y es verdad, porque su compleja actividad le ha llevado a otros altos temas. Pero él tiene las mejores aptitudes de los mejores etimologistas, un bagaje de muchos saberes y la sagacidad y seguridad del experto de la montería y del clínico, que con huellas cruzadas señalan certeramente la caza o la enfermedad.

Los *Orígenes del Español*, de 1926, es la más gallarda muestra que puede ofrecerse de lo que puede dar de sí una inteligente explotación de un terreno enmarañado y pobre. El romance balbuciente que aparece en las resquebrajaduras del latín notarial de los siglos IX y XI (contenido en seguida durante un siglo por la cultura latina cluniacense), que apenas merece atención para una mirada distraída, es explotado con un increíble rendimiento por la habilísima diligencia del maestro español. Elementos al parecer insignificantes de los distintos ámbitos geográficos, muestras de vocales y consonantes de unos documentos, sometidas a análisis y estadísticas, dan la clave de la distribución y de la formación de los campos de las lenguas hispánicas, iniciándose hasta la demarcación de las áreas de las palabras. Como en la lucha por la vida o por la hegemonía, se descubre en la competencia de formas y de tendencias el fenómeno malogrado y el triunfante, el dialecto que retrocede y el que avanza victorioso y arrolla a los demás.

De estos estudios saca Menéndez Pidal una doctrina, que

ahora es común, pero que era entonces minoritaria: la de los cambios fonéticos generalizados por circunstancias humanas y nunca universales. Ganaban el mundo entonces las ideas naturalistas de Schleicher, considerando el lenguaje sometido a las leyes fatales de la naturaleza física, y ayudaban a estas ideas los lingüistas de las lenguas hechas con sus apariencias de regularidad y de uniformidad. Significativas notas discordantes eran Morel-Fatio, en Francia, que negaba hasta la uniformidad de un menudo dialecto, y de Menéndez Pidal, en España, que negaba la universalidad de las leyes fonéticas. En rigor, no eran dos teorías opuestas, sino dos visiones distintas. Ve una realidad (como el que ve un territorio desde el cielo o una montaña desde lejos) el que ve una lengua con una fundamental uniformidad; pero ve una realidad más tangible (como el que mira de cerca u observa con aparatos de precisión) el que descubre en una lengua los mil accidentes y las mil peripecias que en un idioma se han producido y se producen.

Naturalmente, esta idea de la variedad que el análisis da en una lengua no podrá llevarse a las últimas consecuencias ni deberá hacerse una noción popular de ella, antes bien, seguirá la visión de las masas uniformes del idioma; pero la Filología, dentro de sus laboratorios técnicos, tendrá que analizar este milagro de los millares de fermentos que bullen y germinan bajo la superficie lisa de una lengua que parece tranquila.

Temas que muchos sólo hemos manoseado él ha sabido hñirlos con singular arte y con exquisito gusto, como el del plagio. Mirar el debe de un autor es una diligencia primordial. De Cervantes, entre la pesadumbre de su bibliografía, apenas conocemos sus fuentes. Menéndez Pidal ha probado que una leyenda sólo se entiende bien cuando se descubren las direcciones de sus caminos y los hilos de sus enredos, y que obras como *El Condenado*, de Tirso, sólo se ven claras cuando se siguen por tierras y por siglos las venas que afluyen a esta fuente. Pero Menéndez Pidal señala que si el plagio de todos es un pecado, es el pecado original de la impotencia humana. El hombre nada crea de la nada. Todo es desarrollo de otra idea por recreación o por rebelión. Lo más interesante no es la parcela apropiada

cuando de un erial se ha hecho un vergel. En estos casos no desdora el descubrir indiscreta o discretamente sus fuentes. ¿Qué pero vamos a poner al *Quijote* si descubrimos tema por tema lo que Cervantes recogió de letrados y arrieros en sus andanzas por países y ventas? ¿Qué íbamos a quitar a Santa Teresa si se nos puntualiza que escribía con recuerdos de sus lecturas místicas?

Uno de los más graves temas para nosotros, el de la unidad futura del español, lo apoya, a mi juicio con buenas razones, Menéndez Pidal, volviendo sobre la antigua disputa de Valera y Cuervo. Valera creía en la unidad indefinida, y Cuervo presagiaba la desintegración. Siempre había creído Cuervo en la unidad y la había deseado. Como Pidal observa, más que razones debió influir en su cambio su derrumbamiento espiritual. En rigor, las razones contra la persistencia eran débiles, casi sólo la similitud con la desintegración del latín. Pero las circunstancias de ambos, más que distintas, son opuestas. El latín se derrumbó en un latín campesino o fragmentado, que aprendieron los campesinos de las provincias imperiales, y el latín noble, arruinado, fue sólo recogido y atendido en casas conventuales y de letrados, sin autoridad ni fuerza para dirigir el nuevo latín que empezaba a balbucear. Por el contrario, el castellano campesino adoptado por el indio discrepaba poco del de los capitanes hispanos, y desde entonces el castellano rural de América está bajo una acción dirigente del castellano escrito. El nuevo latín, romano, callado en la Edad Media durante siglos, empieza desde el XII a mostrarse y señorea al fin las provincias, venciendo al latín noble, que definitivamente queda refugiado en sus castillos. El castellano americano, por el contrario, ha pasado sin novedad su Edad Media, con su lengua campesina y literaria, sin señal alguna de que el habla rústica se haga la oficial y venza al castellano de los escritores americanos. Las señales, por el contrario, son en todas partes que la ciudad vence al campo y la cultura vence a la incultura, y que las hablas rústicas irán perdiéndose como los trajes aldeanos y las viejas tradiciones. Las señales son que los dialectos locales agonizan y las gentes campesinas quieren hablar cultamente. Van siendo sólo recuerdo las voces de malhumor de la secesión lingüística americana, y los

letrados y todos comprenden el mal negocio que sería para los hermanos americanos no poder entenderse ni entre ellos mismos. El viento de la unidad va quitando hitos en el mundo, y los quitaría en las lenguas si humanamente fuera posible, que no lo es, porque las lenguas no se crean por acuerdos internacionales ni se forman por hibridismos de fecundación artificial, como esas creaciones teratológicas de desocupados, hechas para entenderse en una fonda o para pasar jocosamente el tiempo. Como en tantos casos de la ciencia, las metáforas de Cuervo pueden engañarnos. Es verdad que en las lenguas y en los imperios se pone el sol unas veces y les llega la noche, como a los hombres la vejez y la muerte; pero los símiles fallan, y hay cosas que con fases distintas puede alcanzarles la perennidad, que es la inmortalidad terrena. Yo creo, con nuestro maestro, que el español puede sostener en América el imperio indefinido, el imperio más desinteresado y más interesante que un pueblo puede apetecer. Yo creo con él que si el castellano, por su gracia vital, se ha impuesto en trances difíciles, seguirá triunfante en circunstancias futuras favorables a su triunfo.

Otro de los temas felizmente abordados por D. Ramón es el de la caracterización del pueblo español. Es este tema difícil: para nosotros, porque dentro del bosque nos falta perspectiva, y para los de fuera, porque a los forasteros les sobran prejuicios. Nosotros y ellos solemos enjuiciar con el criterio ocasional e impresionista, siempre parcial y en parte injusto. D. Ramón se acoge al criterio más seguro, que es el histórico. Hay constantes de la Historia, como frutos característicos, que dan a conocer el árbol mejor que las impresiones fugaces de unos rasgos llamativos.

En Menéndez Pidal, tan interesante como la caracterización de su obra es la de su persona. Avezado a navegaciones difíciles de nieblas y de escollos, a excursiones alpinas de la ciencia, con animosa juventud, sigue aficionado a las exploraciones de mares perdidos, de tierras inexploradas, de cuestiones de lenguas y pueblos borrados por los siglos, con hallazgos de claves menudas, que no llaman la atención del que va sólo atento a los grandes hitos.

Sin el usual malhumor gramatical, D. Ramón ha sabido ha-

cer amable y elegantemente su obra y ha sabido ejercer eficazmente su magisterio. A la Filología no sólo ha contribuido con sus obras, sino con sus estímulos, transmitiendo sus preocupaciones y sus alientos. Su aliento y patrocinio llegaba a todos los valores humanísticos, como un aval a crédito, aun a los valores en ciernes o en esperanza. Muchos somos deudores; y si yo hoy hago por encargo de la Academia su elogio en esta casa, es porque un día entré en ella por su amable invitación.

Como un caso consolador de España debemos señalar el del unánime homenaje que se le ofrece, el de su obra trascendida. El D. Ramón de la amistad trasciende a un enorme círculo de la cultura, en el que su obra es como un ajuar familiar.

Para acabar, sólo quiero decir que pienso que entre los varios homenajes de estimación que reciba seguramente será de los que él más estime éste de sus compañeros, Académicos de esta Casa, a la cual le ha atraído siempre un interés intenso y un afecto cordial.

D. RAFAEL LAPESA

Hace pocos días, cuando anunciamos a nuestro Director que se le iba a tributar este homenaje, preguntó si el haber llegado a los noventa años podía ser motivo de felicitaciones. "Sí —le contestó uno de nosotros—, cuando se acaba de escribir un libro como el que lleva usted ahí." Era el primer ejemplar de *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo*; D. Ramón nos lo había enseñado hablándonos con brío juvenil de las polémicas que el libro suscitará en Francia e Italia. Sin proponérselo, el maestro nos daba una nueva y múltiple lección de sencillez, saber, infatigable entusiasmo en el trabajo y, sobre todo, de fe. Ha consagrado su vida a estudiar las producciones que a lo largo de los siglos han ido sumando las aportaciones de unos y otros españoles hasta que la primigenia creación individual se ha convertido en obra colectiva: la lengua, la épica, la canción breve, el Romancero. De ese estudio ha extraído una teoría, cada vez más amplia y elaborada, sobre lo que es la tradicionalidad en el lenguaje y en la literatura. Y ahora, cuando

la validez de su doctrina cuenta con plena corroboración en el dominio español, la aplica animosamente a la literatura francesa. Quiere combatir en su mismo fortín la concepción individualista de Bédier, que ve en cada *chanson de geste* la creación exclusiva de un autor único. Vence así don Ramón la habitual limitación de nuestros historiadores y filólogos, desinteresados o temerosos ante lo que traspasa las fronteras de lo hispánico, y busca para su tesis alcance universal.

Sesenta y tres años han pasado desde que apareció su primer libro, *La leyenda de los Infantes de Lara* (1896), con su primer descubrimiento importante: el enlace de las gestas con el Romancero mediante una sucesión de refundiciones. Desde entonces la obra de Menéndez Pidal, creciendo en extensión asombrosa, se ha revelado hija de un pensamiento que, sin torcer su camino, ha ganado en elaboración, en vastedad de miras y en trascendencia. Si de aquel descubrimiento y del análisis de las variantes en el Romancero ha salido la teoría de la poesía tradicional, la esencial historicidad de las gestas españolas le ha llevado a entender la épica como poesía originariamente noticiara, nacida en la cercanía de los hechos narrados. Con tal concepción se aparta de Bédier y sus seguidores tanto como de los románticos, defensores de cantilenas líricas como germen de la epopeya. El estudio de la juglaría española le hace extenderse al de la juglaría europea y fijar el papel de los juglares en el desarrollo de las literaturas románicas. Frente a la tendencia, dominante en lo que va de siglo, a tomar como punto de partida de éstas la literatura latina de los clérigos medievales, Menéndez Pidal sostiene la prioridad de los poetas en lengua vulgar, de la juglaría anónima. Y así entronca las literaturas románicas con la vulgar —en latín evolucionado o romance embrionario— que hubo de existir en los siglos v al viii.

Para Menéndez Pidal este enlace ocurrió mediante un proceso sin interrupción. No hay pueblo sin canciones, y los europeos occidentales de entonces no carecieron de ellas. Concilios y autores de época visigoda tachan de licenciosas o burlescas las *ballimatias*, canciones que se cantaban al son de los címbalos. En estas *ballimatias* ve don Ramón el primer testimonio de la lírica tradicional, que después había de florecer en las *jarchyas*

mozárabes, en las canciones de amigo gallego-portuguesas y en los villancicos castellanos. De igual modo la épica española arranca, según él, de los *carmina maiorum*, cuyo canto recomendaba San Isidoro para educación de la nobleza visigoda. El puente está constituido por poemas que narraron los grandes sucesos históricos del siglo VIII: el fin de la monarquía visigótica, Covadonga y Roncesvalles. De estos poemas hazañosos y canciones reprobadas no queda otra noticia que la muy escueta de su existencia o, en los casos más afortunados, algún resumen en prosa; a veces, un detalle legendario transmitido por una crónica. Toda esta literatura incipiente se produjo y creció ignorada o preterida por los escritores doctos. Esto es lo que Menéndez Pidal llama "estado latente", eje de una de sus más fecundas teorías en los últimos años. Hallazgos como las *jarchyas* o la *Nota Emilianense* dada a conocer por Dámaso Alonso, con el extracto de un *Roland* anterior al de Oxford, le sirven de apoyo eficaz. Y la historia de las letras románicas dilata su extensión en unos cuantos siglos.

Introducción de la lingüística moderna en España, Menéndez Pidal trajo el método riguroso de los neogramáticos alemanes, imprescindible para eliminar de la investigación arbitrariedades y ponerle orden; pero rebasando esta primera y necesaria etapa, ofreció en los *Orígenes del español* (1926) una visión infinitamente más humana y compleja de los hechos lingüísticos: los caracteres de cada dialecto peninsular durante los siglos IX al XII aparecen en esta obra magistral estrechamente relacionados con la personalidad histórica de la región correspondiente, y el análisis minucioso y documentado de cada fenómeno permite al autor asentar principios básicos sobre la lucha de tendencias innovadoras y tradicionales en las épocas primitivas, y en general, en toda la vida del lenguaje. Una vez más le vemos construir sobre el firme cimiento de copiosos y seguros datos una estructura del más alto valor doctrinal.

Como maestro, su labor sólo admite comparación con la de Cajal en biología. Puesto que hablo aquí como discípulo, permitidme recordar lo que hace treinta y tantos años significaba para un aprendiz de filólogo entrar en relación con Menéndez Pidal y su escuela. La Facultad de Filosofía y Letras madrile-

ña era vieja, desesperantemente vieja: en el caserón de San Bernardo las Humanidades se reducían a anticuadas gramáticas sin humanidad. Aquella osamenta petrificada no admitía renovación. El Centro de Estudios Históricos ofrecía un ambiente radicalmente distinto, ambiente de trabajo alegre porque se sabía bien orientado. Se había creado una escuela y estaban a la vista los primeros resultados de la labor conjunta: libros y revistas que habían ganado la estimación de los mejores, dentro y fuera de España. No conocí los tiempos iniciales del Centro. Cuando empecé a frecuentarlo estaba instalado en un modesto hotelito de la calle de Almagro, hoy desaparecido. Lo rodeaba un descuidado jardín, grato en su abandono: desde las mesas cubiertas de libros la mirada podía descansar en el cielo a través de las ramas, y al oído del lector llegaba el canto de los pájaros. Clases y despachos estaban amueblados con austeridad pareja a la del edificio. Total ausencia de alfombras. En el despacho de don Ramón, soleado por amplio ventanal, había dos butacas y un sofá de mimbre. Pero, en cambio, se había logrado reunir en pocos años una biblioteca especializada, nutrida y eficaz. Allí iban los futuros historiadores del arte para formarse guiados por don Elías Tormo y don Manuel Gómez Moreno. Allí acudía el estudiante de Letras con vocación atraída por la noble fogosidad de Américo Castro o la templada firmeza de Navarro Tomás, los dos maestros jóvenes. De vez en cuando se veía pasar la figura del Director, casi sexagenario ya, que dejaba tras de sí una estela de respeto. Y un día tenía lugar el encuentro decisivo: el sabio admirado, el maestro de maestros, era un hombre de extraordinaria sencillez, escuchaba afable y corregía con paciencia. No regateaba su ayuda: enriquecía con datos e ideas los artículos primerizos del neófito y acertaba a contagiarle su voluntad laboriosa. Tuve el privilegio de trabajar bajo su dirección nueve años, durante los cuales recibí la enseñanza del rigor científico más exigente y de la más generosa cordialidad. Si luego mi aportación ha sido parva, la culpa es sólo mía.

Tales virtudes hicieron posible que Menéndez Pidal formase escuela, cosa tan difícil en todas partes, y más aún entre hispanos. De él procede cuanto de valioso ha dado la filología española en lo que va de siglo. Antes, la postración de estas disci-

plinas en España había dejado a América el ímpetu renovador, manifiesto en figuras como Andrés Bello y Rufino José Cuervo. Menéndez Pidal recobró para España la iniciativa. Discípulos suyos impulsaron y dirigieron el Instituto de Filología de Buenos Aires o llevaron a Estados Unidos la técnica aprendida aquí; discípulos suyos son cuantos hoy profesan filología en Universidades españolas y muchos a quienes diversos y dolorosos azares han llevado a otros países.

La deuda que con él tenemos contraída los españoles todos alcanza a mucho más: él nos ha descubierto un tesoro poético que es patrimonio común nuestro y en el que nos hablan, aunados, coros de voces pretéritas. Y le debemos la lección constante de su esfuerzo en el servicio de la verdad. Nada tan ejemplar como el fervoroso equilibrio de este patriarca de alma joven que ha vivificado para los españoles de hoy y de mañana el legado precioso de una tradición más de diez veces secular.

POEMA DE GERARDO DIEGO

Marza.

A D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.

13 marzo 1869.

13 marzo 1959.

La voz ingenua, dejos asturianos de alzada,
las barbas siempre en flor como en abril la jara
y rosas las mejillas —sol de tardes románicas—,
aquí viene Don Ramón y cuantos con él cantan.

Viene a pasos ligeros, todo él reliquia cotidiana,
rezada y ofrecida, de par en par el alma.
Si un tiempo piedra, ahora leño sin peso, fábula,
romance de Arlanza y Esla, negro y blanco de urracas.
Ay Dios, qué buen vasallo se ha perdido la Infanta
por nacer tantos siglos antes del tiempo mojiganga.

Y con él vienen cuantos con él son y estaban,
vienen, viva floresta, primavera de la raza.

Allí llega Don Rodrigo, despojo de la batalla:
"Mi vida por una almena, que me será última España".
Bernardo, sublime en Lope cuando viva y muerto casa,
y desde Nuño a Gonzalo las ocho cabezas rodadas
y Fernán por quien Castilla ya es Castilla la meridiana
y Mio Cid Ruy Díaz, palabra y medida de patria.

Pues con Don Ramón nos viven, nos alegran el camino
Rey Alfonso el de juglares y Reina Isabel, santa en el siglo,
e Infante Arnaldos y Conde Olinos
y Abenámar, Abenámar y de Alora el morico
y Don Quijote en tierra soñándose Valdovinos.
Porque ¿quién sabe después de leer con ojos limpios,
con ojos de sabio y candoroso niño,
si Don Juan no fue de carne y hueso castizo
y de niebla Fray Gabriel, luz de Santo Domingo,
y fabuloso el que se sentaba aquí mismo,
el ya improbable y épico Don Marcelino?

Y otros más impalpables vienen con él todavía,
seres reales que nacen sin cesar todos los días.
Son las palabras de herencia, almas del alma patricia,
las arábigas de hueste y de huerta y de ataujía
y las misteriosas viejísimas toponimias
y la latina progenie, nombre y verbo de Castilla.
Son las palabras, sus miembros, sus raíces que aún se ahincan
en la tierra madre y en todas las tierras hijas;
sus raíces y sus flores, sus caprichos fantasías
y sus aromas, fonemas cada uno con su propia vida.
La selva vuelta jardín, silvestre y tan comedida,
domeñada sin tocarla, fragante, pujante, ínclita,
gracias al buen hortelano que la cuida y no la esquilma,
que la asiste en sus dolencias y la acunó cuando niña
en un milagro sin tiempo, de amor y melancolía.

Así viene Don Ramón y venía cada día,
cada semana puntual con su afán y con su hombría,
su humildad sin él saberla, su alegría de novicia,

y venía con nosotros, nietos de su otra familia,
familia del patrio amor en lengua, historia y poesía.

Venía, viene y vendrá con su bondad descendida,
increíble de abril y mayo y aun de marzo en que vió el día.
Tal como yo le gozaba —clase de Filología,
bajos de la Nacional—, o en Almagro —irrupida visita —
enero y balcón abierto, manta y estufa encendida,
los lentes con luz de nieve de sierra y de serranilla.

Noventa años, noventa. ¿Qué es noventa? ¿Qué son años?
El hombre, sí, mide el tiempo, encierra en cerco lo abstracto,
el hombre, el gran medidor, él el metro y él el paño,
pero no hay paño, Patronio. Tú bien sabes el chasco.
Desnudos estamos todos del Tiempo malo.
¿Qué es la vida? ¿Qué es la edad? ¿Crece o se achica el cedazo?
El poeta siempre es niño y el historiador anciano.
Paño, cedazo, tapiz, qué engaño a los ojos tan cándidos.
Claros los ojos, poeta. Cronista, los ojos claros.
Miraos bien frente a frente, que en medio no hay nada. Abrazaos.
Verso y reverso del ser y del tiempo, todo es engaño.
Todo es nuevo a los noventa, oh claras ninfas del Tajo.
La tradición sois vosotras tejiéndome a Garcilaso.

Noventa años, noventa, fecundos de vida y amor,
de primavera y flor siempre de romance engañador.
Qué rica viene la brisa por los árboles en flor.
Déjame ofrecer mi rama, marza blanca a Don Ramón.

D. JOSÉ M.^a PEMÁN

Nuestra Real Academia se asocia hoy con emoción familiar e íntima al gozo de esos noventa años que nuestro Director cumple con la puntualidad lógica y sencilla de una acaecimiento meteorológico. Por su ritmo vital sosegado y majestuoso, por su ausencia de desgaste emocional o romántico, por su clasicismo y su tradicionalismo casi ingénitos, nuestro D. Ramón

en cualquier tramo de su vida era ya “longevo”: tenía profundizados sus días en dimensiones y perspectivas de reposo histórico. Por eso celebramos un acontecimiento lleno de naturalidad. Como no nos asombra que el año tenga otoño, no nos asombra que D. Ramón tenga noventa años.

Otros compañeros, en esta ocasión, con muchos más títulos y posibilidades que yo, tomarán en peso su obra científica y harán inventario de sus legados y herencias, tan definitivos para la cultura española... Dejad que yo, más hecho a la creación de lo vivo y a la observación de lo humano, reconcentre mi atención en ese entramado de hombre y vida que ha sido sujeto y soporte de toda esa obra y, sobre todo, de sus conclusiones más generales y definitivas. No hay epopeya sin héroe. Don Ramón, a fuerza de estudiar el *Poema del Cid*, acabó interesándose por el Cid mismo. Nosotros también, tras de admirar la epopeya científica y erudita de Menéndez Pidal, acabamos interesándonos por el mismo D. Ramón.

Yo no puedo ver la figura de Menéndez Pidal sino destacando su perfil en el fondo y ambiente de ese clima y momento histórico que de un modo genérico llamamos “el noventa y ocho”. Se achica el enunciado de esa cifra cronológica cuando se reduce a la ideología, estilo o pasión de unos cuantos literatos eminentes. Esto es, acaso, lo más visible, como lo es siempre la literatura; pero ese “noventa y ocho literario” no es sino un fragmento de un más total ambiente nacional sobre el que esos autores trabajaron con la sonoridad y el nerviosismo propios del literato creador. Pero ese ambiente —contragolpe del “desastre”, resolución de replantear la vida española— tuvo una pluralidad mucho mayor de expresiones. Y así como hay un noventa y ocho político que trata de hacer y realizar cosas, y va desde Costa a Maura o Vázquez Mella, hay un noventa y ocho folklórico, todavía poco estudiado, y que desagua por toda una zona del cancionero popular: sobre todo por tanguillos y chufas del Sur, centrados en los mismos temas de lamento antillano, crítica política y resolución renovadora; y hay un noventa y ocho conversacional, que podríamos decir que todavía subsiste en ciertos aires y estilos de la tertulia española, con su afición al giro inicial peyorativo: “en este país...”, a la solu-

ción arbitraria, al criticismo taladrante. Pero hay también uno —el mejor noventa y ocho— que es el noventa y ocho del trabajo y el estudio, que decide comenzar la tan pregonada renovación española renovando personalmente los modos de conocimiento auténticos de lo “español”, según nuevos hábitos de seriedad científica. En él se vienen en seguida a la memoria los nombres de Hinojosa, el Padre Fita o Ramón y Cajal. Y, fundamentalmente, los nombres de los dos grandes trabajadores de la erudición, considerada como revelación apasionada de la verdad de España: Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal.

Hacia 1900 se produce la confluencia de esos dos hombres, que van así a enlazarse de modo que la urgente tarea no sufra rotura ni vacío. En una tarde de noviembre de 1902, la sesión en que el más joven llega a esta Casa y el más viejo le recibe tiene algo de la continuidad luminosa de los corredores que, en el verso de Lucrecio, se pasan de mano en mano la antorcha olímpica. Hacer nacer a su tiempo a D. Marcelino y darle por heredero a D. Ramón casi no puede parecernos azar ni casualidad, sino voluntad providencial de no dejar desamparada España de voces limpias y estrictos conocedores de su verdad, en el instante en que se hacía indispensable, como cimiento de toda aquella ebullición renovadora, establecer una amplia base de segura autodefinition nacional.

“A comienzos de nuestro siglo —ha escrito Dámaso Alonso— la obra de Menéndez Pelayo se iba coronando sintéticamente inmensa; la de Menéndez Pidal se cuajaba inmensamente analítica.” Parece que ante la urgencia de replantear la autenticidad nacional, Dios concedía a la inteligencia hispánica la posibilidad de someter sus conclusiones a las dos clásicas probanzas y vías del espíritu: la síntesis y el análisis; las dos vertientes del monte de la Verdad; ese esencial “ascenso y descenso del entendimiento” de que habla Raimundo Lulio, y que es como la eterna y humilde cucaña con que la limitación humana alcanza sus mejores logros intelectuales.

D. Marcelino había sido un caso único de intuición sintética. Sustituyendo papeletas por borradores, archivo por memoria, desentendido de los métodos y técnicas de la hora, escribía en su biblioteca de Santander, con tal ímpetu pasional y casi eró-

tico que se le oía rugir, al compás del rasgueo de su pluma, desde el cuarto vecino. D. Ramón, en el momento preciso, va a apuntalar toda esa hercúlea adivinación temeraria con el andamiaje de la técnica más depurada, del más reposado paso analítico, asistido de discípulos y familiares. Tanto es su estilo y fisonomía de técnico y especialista, que D. Marcelino, al alcanzarle en esta Academia a principios del siglo, casi se asombra un poco de que el discípulo dedique su discurso de ingreso a un tema general literario como es *El condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina, que le parece alejado de su especialismo de “medievalista”, donde el maestro creía tenerle encasillado. ¡Cuántas sorpresas parecidas hubieran esperado a Menéndez Pelayo si hubiera podido acompañar en los años futuros la tarea ingente de su discípulo! Con su reposada andadura analítica, D. Ramón llegará a los más altos panoramas de la síntesis, logrando las más compendiosas definiciones y conclusiones de lo español, y cumpliendo así su compromiso, heredado del noventa y ocho, de emplear su conciencia de buen “maestro de obras” en el apuntalamiento de una Patria en reparación.

¿Cómo se ha producido ese milagro de ascensión y ensanchamiento? Sencillamente porque en D. Ramón el análisis no era ni escrupulosidad nimia ni frío desinterés ante las conclusiones, sino moral científica añadida a su fundamental pasión. Utilizó la más depurada técnica con aquel sentido de superabundancia con que la famosa pedagoga María Montessori lograba resultados sorprendentes en la enseñanza alfabética de los niños videntes, añadiendo a su visión normal los métodos táctiles e impulsivos, el acumulativo esfuerzo y recurso de la enseñanza de los ciegos. D. Ramón ha llegado tan lejos porque sobre la base de su genialidad sintética ha acumulado toda la moderación y disciplina del análisis y el método. Ha sido un pura sangre del espíritu que muchas veces se ha impuesto, para mayor seguridad, el paso del percherón.

Creo que la gran lección de D. Ramón ha sido esta de superponer a su intuición natural una rígida moral de trabajo. Esta lección de moral artesana es la que dejó a esta España imaginativa y apasionada esa que llamé la mejor veta del noventa y ocho: los Menéndez Pidal, Menéndez Pelayo,

Hinojosas y Cajales. Solitarios de abundante compañía íntima, éstos son los hombres que, de verdad, definieron a España, cuando tanto sobre España se divagaba. Hay que tener una mirada agradecida para la fachada de la ética profesional de esos hombres tantas veces contemplados por la fachada de la inteligencia. No celebramos hoy únicamente, en D. Ramón, noventa años de hacer cosas. Exaltamos noventa años de resistir y renunciar cosas; de sacarle grandes rentas científicas a una enorme inversión de capital vital. Todo —su sangre, su vida, sus afectos— los ha puesto y jugado a esa carta única de su responsabilidad científica. Su silencioso *chalet* de Chammartín de la Rosa estará a diez o doce kilómetros de Madrid. Pero está a una distancia astronómica de todos los compromisos y dispersiones con que Madrid se traga tanta parte de las posibilidades intelectuales de los españoles.

¿Y cuál ha sido el resultado sintético de ese esfuerzo intelectual y moral en busca del mejor entendimiento de España?

Desde su primer libro sobre la *Leyenda de los Infantes de Lara*, ya una definición sintética de España está pinchando con su perfil anguloso la red de datos eruditos y analíticas comprobaciones que la recubre. La historicidad y realismo de aquella sombría epopeya de la venganza, feroz como una tragedia doméstica y aldeana que todavía hoy podría ser objeto de un telegrama de prensa, de un “caso” popular, está desde el primer momento advertida por Menéndez Pidal. Este realismo e historicismo, esta ausencia de inflación heroica y fantástica a estilo del *Roland* o los *Nibelungos*, que estará también en el Cid del poema que da cebada a su caballo o pelea mejor en Valencia, como un buen torero, porque Jimena le está mirando, y en el Cid de los romances que muere en su cama, confesándose, como Don Quijote o como *Tirant lo Blanch*, el caballero andante más sensato y mediterráneo; esta “inmediatez” de la epopeya escrita y la acción heroica, hija del impaciente realismo español, que, desde Lucano a Ercilla, canta lo que ve y hace en hexámetros o en octavas reales casi crónicas de corresponsal de guerra; este popularismo comunicativo por el que historia y epopeya, poema y crónica, se confunden como luego se prolongan

en nuestro teatro; todo esto es bastante más que un repertorio de observaciones eruditas de un "medievalista" experto; todo esto es la anticipación de una definición y entendimiento de España bastante más fundamental que la de tantas divagaciones periodísticas y literarias de aquella época, y que se podría resumir en el tajante apotegma de su discípulo Dámaso Alonso: "por la tradición épica somos distintos; es decir, somos".

Menéndez Pidal no ha empezado por reconcentrar su afán científico en la épica medieval por ningún caprichoso especialismo. Ha empezado por ahí porque ahí empezó España a ser y definirse. Se ha colocado ahí, al pie de la torre trágica de los Infantes de Lara, para comenzar su caminata y seguir al hilo el perímetro y la muralla de la Patria para así mejor rendirla y poseerla. Y se ha encontrado con que España es continuidad épica. De donde le viene su original y permanente fisonomía: castrense, impulsiva. Esa de la que yo he dicho que está siempre más dispuesta a la estridencia de un dos de mayo que a la ciudadana convivencia del tres, del cuatro o del cinco. Pero esa también que, de golpe, la hace ahora tan contemporánea de la desengañada inquietud de este mundo, en el que tantos, como Berdiaeff o Landsberg, hablan del regreso a una "nueva Edad Media", o sea de la necesidad de acudir a los ahorros de metafísica, de moral o de heroísmo que la Edad Media capitalizó.

Pero D. Ramón hubiera dejado ladeado y sin equilibrio su total entendimiento de España si no hubiera visto cómo esa sustancia épica, tan definitoria y fundamental, se injerta y asimila en valores renacentistas y modernos. La escolástica se prolonga más tiempo que en ningún país, pero de ella brota toda la sustancia moderna y el humanismo internacionalista de Vitoria o de Suárez. La Compañía de Jesús tiene todo el impulso medieval de una "caballería" a lo divino, pero sirve valores clásicos del Renacimiento y valores activos de la modernidad. La Cristiandad medieval se prolonga en España, pero transformándose, con adherencia renacentista, en ese "nuevo modo de imperar" de que habla Navarrete y que D. Ramón analiza. En el mismo romancero, que se mantiene resistente cuando ya la épica ha enmudecido en toda Europa, observa D. Ramón

una reelaboración renacentista no sólo en los muchos tonos artificiosos y recamados de temas mitológicos, sino, por ejemplo, en esa atención prestada al antiprotagonista, en los romances fronterizos y moriscos, en los que —caso único, acaso, en la épica universal— el héroe es el moro enemigo, como el héroe de la *Araucana* es Caupolicán, el jefe indio y no el capitán español; enfoque típicamente humanista, contagiado de ese giro de la atención amplificada del Renacimiento hacia todo lo “humano” y especialmente hacia las zonas más primarias de la especie: desde el “villano del Danubio” al aldeano de Guevara o los peludos salvajes que adornan la portada, todavía gótica, de San Gregorio, de Valladolid.

Esta fusión del medievalismo heroico prolongado y las asimilaciones modernas y renacentistas es para D. Ramón la clave de España, que a él le nace, casi con orgánica espontaneidad, del propio equilibrio comprensivo de su naturaleza, del propio reposo de su longevidad. D. Marcelino, muerto a medio camino, aunque transeunte de un proceso de apaciguamiento psíquico, no pudo llegar a esa plena sutura y fusión. Y su “renacentismo”, sentido por él casi con apasionada parcialidad, se le quedó siempre como un poco superpuesto sobre su ardiente hispanismo ortodoxo, con el que no soldaban del todo sus amados horacianos, precartesianos o escépticos a lo Brocense, que tanto le robaban el corazón, o sus incursiones poético-paganas, que tanto asustaban a Laverde o desesperaban al Padre Fonseca.

En cambio, el gran analítico que es nuestro Director, disponiendo de noventa años pausados y fecundos para alcanzar y comprobar sus síntesis, ha llegado a ese total entendimiento que madura en los prólogos de su *Historia de España*, en los que no se desperdicia ni una molécula de lo español, y al lado de nuestra definitoria fisonomía épica y tradicionalista se valora esa otra “pequeña tradición” de nuestro renacentismo. De este modo, así como el saldo hispánico con que totaliza sus operaciones de análisis, nos deja bien listos para este retorno a los fundamentos de la Cristiandad que el mundo necesita, nos deja también perfectamente aptos para esa comunión en lo moderno y lo europeo que el achicamiento del planeta exige. Porque D. Ramón no sólo nos ve históricamente asistidos de un Re-

nacimiento digerido y asimilado, sino que en nuestra misma épica sustancial, corrigiendo a Bedier, metiéndose por los cercados de las otras literaturas romances y escandalizando presuntuosos individualismos, ha encontrado no las razones para un disociador nacionalismo, sino la coherencia de un fenómeno unitario que define el frondoso árbol de la épica europea como una especie de anticipado "mercado común literario": uno de tantos fenómenos con que la Cristiandad nos dejaba listas las bases para que Europa pueda ser algo con voz y volumen propio en esta hora en que el diálogo universal se plantea entre grandes criaturas gigantescas.

En aquel romancerillo que, para no dejar de trabajar nunca, D. Ramón compuso ayudado por Jimena, su hija —la Antígona de su ceguera transitoria—, escribió: "Me encuentro así que soy el español de todos los tiempos que haya oído y leído más romances." Anotad bien ese verbo: "oído". D. Ramón, asturiano de tierras de romances, recorrió medio mundo escuchándolos, es decir, sorprendiéndolos en el temblor mismo de su nacimiento vivo. Por eso D. Ramón parece reproducir en la propia trayectoria vital de sus noventa años la paralela curva de la creación hispánica, y llega a esas cimas sintéticas y definitivas como por un proceso parecido al del "fragmentarismo" de la propia épica.

Las gestas se fraccionan en romances y los romances se fraccionan casi en baladas. Así quedan, como término de un proceso de depuración literaria, esos periscopios líricos que emergén sobre las turbias superficies épicas, dejando sumergidas las pesadas moles submarinas de todo lo que era en el romance pura información histórica. Así también, como cima de un proceso de depuración vital y moral, la labor titánica de nuestro Director, dejando cada vez más sumergida su mole técnica y analítica, sostiene en alto, como la flor su aroma o como su humo la llama, esos últimos resúmenes mentales que son sus conclusiones sintéticas, su depuración estilística y su visión compendiosa y apasionada de lo español.

¡Cuántos sinsabores se hubiera ahorrado España sintiéndose a tiempo, como D. Ramón la ha entendido, instalada en ese

bien maridado equilibrio de la genuina virilidad épica y el europeo renacentista! Nos hemos pasado la vida los españoles descubriéndonos los unos a los otros, haciendo posible la conversación del Cid con Vives o el Brocense y habitable la convivencia de Calderón con Jovellanos. Hasta los dos gigantes que aquí dialogaron tan entrañablemente en aquella tarde de 1902 han sido para muchos exponentes de parcialidades intelectuales o de divergentes Españas. Ellos lo refutaron bien diáfananamente aquella tarde. Nosotros, sus apasionados, lo refutamos en esta otra en la que, en este salón, modelo de sociabilidad humana, hombres de todas las procedencias y todos los géneros literarios hemos exaltado al insigne nonagenario que preside nuestra Casa y enseñoorea nuestro corazón. A D. Ramón le ha costado noventa años alcanzar esa reposada definición de España. ¿Cuántos necesitará España todavía para entender y realizar esa definición de su humana y equilibrada plenitud?

D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

Palabras de gratitud.

La Academia interrumpe su constante tarea, su elaborar incesante y colectivo, como el de las solícitas y discretas abejas cervantinas, ese elaborar el delicado panal lexicográfico de nuestro idioma, y muy queridos compañeros creen hoy mejor el emplear su atención en mi pobre vida, porque es ya muy larga.

Habéis dicho tantas cosas laudatorias para mí, que me asalta, como es bien natural, el temor a la vanidad, fatal paso para adentrarse en la región de la tontería; pero fácilmente puedo comprender que la mayor parte del elogio va a cuenta del afecto con que es formulado, y esto, apartándome de vanagloriosa credulidad, aumenta mi deuda de agradecimiento a tan señalada atención, a tan cariñosas apreciaciones.

Me complace siempre el recuerdo de lo mucho que para mí representa esta Academia: el influjo que ella tuvo en mi primera juventud, determinando con sus concursos públicos la dirección de mis primeros estudios; me agrada recordar la ge-

nerosidad y el esmero con que editó los tres difíciles volúmenes de mi primer trabajo científico; la acogida que cuando joven me dio en su seno, privilegiándome con el trato de las más eminentes personalidades literarias, y siempre, después, proporcionándome la cordial convivencia con las personas más insignes en el mundo de las letras y el trabajo grato en las cuestiones lingüísticas que aquí nos ocupan.

A este afectuoso ambiente, que ha sido para mí algo vivífico, debemos hoy esta interrupción de nuestras tareas habituales, por donde ahora creo verme en la embarazosa situación del que se siente ser algo así como *un caso*, un caso extraño, el de una longevidad bien llevada. Pero en eso no estoy solo: díganlo Gómez Moreno y "Azorín". Lo único extraño o notable en mí puede ser que se comprenda mejor por otro camino. Tiendo con frecuencia a apartarme de la moda corriente, y esto, como Mio Cid, bien lo puedo jurar *por aquesta barba que nadi non mesó*, barba que como la de nuestro D. Manuel está esperando que la moda venga a su encuentro; bien pueden demostrar también ese desvío mis trabajos epicistas, que, siempre fuera de la arrolladora corriente de la moda mundial, siguen su curso con la esperanza, acaso mesiánica, de que la moda venga a ellos. Pues ahora *mi caso* quizá no sea otro sino que, siendo yo tan apartadizo de la moda, me encuentro, sin saber cómo, de lleno al frente de una moda ultimísima, como es la longevidad, que los estadistas anuncian haberse implantado en todos los pueblos; y en esto, lo mismo que yo, se hallan dentro de esa nueva corriente aquí, no sólo Gómez Moreno y "Azorín", sino también los que, después de éstos, vemos, según las apariencias de su feliz edad octogenaria, que cumplirán gustosos con la práctica grandeva introducida nuevamente en el mundo.

Pero sea cual fuere el motivo de esta salutación de magnificante cordialidad, lo que más me abruma es la imposibilidad en que se halla mi palabra adusta, siempre en lucha con la escasez y con la insuficiencia, para expresar justamente mi emoción en la manera digna de mis compañeros, los escritores más egregios, los que en mí suscitan más plena admiración y más afeccionada complacencia, por su arte, por su pensamiento, por su genio. Espero de vuestra voluntad que no veais en estas pa-

labras ni asomo de tópico protocolario, y que interpretéis en lo poco que digo lo mucho que siento, mi profunda gratitud al ver a tan insignes compañeros emplear su tiempo en el sencillo hecho de mi vida.

Toda muestra de estimación, todo aplauso, sirve de estimulante, pues da seguridad en el propio obrar; pero vosotros no sólo me dais estímulo. Habéis estimado tan cariñosamente mi obra, que me hacéis soñar con hazañas en que nunca he soñado, y me hacéis pensar que algo, por poco que sea, debo creer de ellas. Me dais así ánimo y sugerencias halagüeñas para seguir lo que aún me queda por andar de mi camino. Siempre pienso que las ilusiones, no las de fantástica indolencia, sino las que empujan a la acción, son tan necesarias al viejo como al joven, y yo, aleccionado como Segismundo por los desengaños, que bien podéis suponer que los tengo copiosos en mi longevidad, diré también por mi parte:

“¡... pues que la vida es tan corta,
soñemos, alma, soñemos!”

Soñemos y laboremos, dando a la labor algún sentido más allá del presente, con atención al despertar eterno, que tan próximo me está.

Y entre estos ensueños y la pobre realidad, recibir mi reconocimiento todos por este gran aliento que con vuestra benevolente solicitud me dais; reciba la Academia mi fervoroso sentimiento de gratitud.

Tres firmas de don Ramón Menéndez Pidal

1935, plenitud del centenario de Lope de Vega. En el madrileño Centro de Estudios Históricos menudean los actos, las conferencias conmemorativas, los recitales de canciones lopescas. Algunas tardes, el portal es un hormiguero, la calle otro. Afluencia de gentes a la capilla del Cristo nazareno, tumulto de los varios centros que rodean la casa: Patronato Nacional del Turismo, Comité Hispano-Eslavo, Centro de Estudios de lo de más allá y de lo de más acá. Probablemente ese trajín se ha crecido más que de ordinario esta tarde inverniza en que un grupo de cuatro, seis estudiantes de Letras buscan allí una clase, uno de sus cursos universitarios.

El folleto explicativo de la Facultad de Filosofía y Letras, entre los numerosos cursos para la Licenciatura en Filología, ofrece uno que se anuncia así: Filología románica. Catedrático: Ramón Menéndez Pidal. *Textos poéticos en Crónicas medievales*. Las clases tendrán lugar en el Centro de Estudios Históricos, Duque de Medinaceli, 4. Lunes y viernes, seis de la tarde, a partir de enero.

¿Cómo reavivar ahora la desazón que acosa a un estudiante de entonces, sobre todo a la hora de escoger libremente sus cursos y sus profesores? Hay, en este caso, rumores para todos los gustos: Que si no se dará ese curso porque Menéndez Pidal se ha acogido a una disposición especial que concede a varios profesores universitarios el abandonar la cátedra para dedicarse a la investigación. Que si va a ser muy difícil conseguir que el curso

tenga validez para los exámenes finales. Que si tal, que si cual. Y así llegó el día. Había que ir, por lo menos ir, a Medinaceli, 4. Y Dios dirá.

Aquella casa nos era familiar, nos movíamos en ella con soltura. Sabíamos dónde estaba el Laboratorio de fonética, y el Archivo de la Palabra, y el Índice Literario, y ya imponía aquel cuarto número 5 con los ficheros, militarmente ordenados, del Tesoro lexicográfico. Y la humilde sala de visitas. Todo nos era familiar, claro, pero esa tarde... Qué súbito enloquecimiento de la brújula. Habíamos visto muchas veces a don Ramón, en conferencias (aquellas conferencias sobre Lope y el *Arte Nuevo!*), en sesiones académicas. No era figura que fuese desconocida, pero aquella tarde... Su imagen bordeaba ya los confines del mito. Dedicarse a la investigación. ¿Era posible que quien había escrito los *Orígenes del español* tuviese que dedicarse a la investigación?... Íbamos a entrar en una clase con él por vez primera. ¿Qué prodigio, qué desgarrado misterio se nos iba a plantear dentro de poco?

Balbucesos, indecisiones. Sí, familiarizados con la casa, pero la verdad es que hoy no damos pie con bola. No va a ser el ritual acostumbrado. No vamos a esperar pacientemente en un aula a que llegue un profesor. Va a ser de otro modo. Sospechamos vagamente que va a ser ya *el modo*. Las preguntas se agolpan, agobian, animan, desfallecen. Por fin se nos indica un local: el Archivo de la Palabra.

El Archivo está al final de un largo pasillo. Se anda de puntillas, reverencialmente. Y al abrir, la sorpresa es grande. En la habitación, una gran mesa, con unas pocas sillas alrededor. Armarios, estanterías con libros, un alto gramófono de cuerda. Y en un extremo de la mesa, vertida la luz de una lámpara sobre libros y papeles, está don Ramón, sentado, rebuscando en las páginas. Levanta la cabeza para decir ligeramente: Adelante, se han retrasado ustedes un poco... Y sin más preparativos, en el recogimiento semientornado de aquella habitación, don Ramón nos fue exponiendo cómo había ido entresacando de las Crónicas algunos trozos poéticos. Se iban desplegando voces amigas:

Pártese el moro Alicante
víspera de San Cebrián...

Sí, voces, datos, resonancias ya casi disueltas en pequeño saber olvidado que, en un instante, súbitamente conjuradas, se ponían en pie sobre la mesa, rediviva peripecia que llegaba —tan clara y pura— desde su hondón de siglos. Fueron pocas tardes, ya fundidas en una sola presencia lejana. Fue por ellas por las que pude recabar de don Ramón su primera firma.

Su primera firma. No, no era una dedicatoria de las que luego me ha gustado reunir, sino algo muy distinto. En aquella —¡perdón!— inolvidable Facultad de Filosofía y Letras, los estudiantes teníamos que acarrear, a lo largo del curso, unas firmas, tres, de los profesores, que se quedaban en un cuadernillo-carnet como testimonio de nuestro paso por la casa. Una por cada trimestre. Así, repito, tuve la primera. Conseguí la segunda al terminar mayo, después de un seminario destinado a la caza de zéjeles. Don Ramón dirigía sus investigaciones hacia lo que después fue su *Poesía árabe y poesía europea*, trabajo que apareció en Burdeos, en 1938. En esta ribera del Bidasoa se había aniquilado aquella intimidad del Archivo de la Palabra, se había desbaratado el círculo de luz sobre los libros... Pero yo tenía dos firmas de don Ramón en mi cuaderno de estudiante. Había ganado la segunda rebuscando zéjeles por todas partes: en las *Cantigas*, en los Cancioneros musicales, en los refraneros... También era broma, quién lo iba a pensar, tantos años tarareándolo y venir a saber ahora que era un zéjel...:

*Tres morillas tan garridas,
iban a coger olivas...*

y *Allí se me ponga el sol
do tengo el amor...*

y *Entra mayo y sale abril,
cuán garridico le vi venir...*

Sí, yo había aprendido a rebuscar, lo que no había hecho nunca antes, a manejarme un poco entre la balumba de papeles, bibliotecas y bibliotecarios, poemas, noticias, agobiante máquina que apenas entreveían los ojos adormilados. Y yo tenía dos firmas de don Ramón en mi cuaderno.

He dicho que el estudiante necesitaba tres firmas. Me faltaba, pues, una. La he conseguido mucho después. Don Ramón estaba ya enfermo, herido por el mal que nos lo ha quitado. Hay en el jardincillo de Chamartín una luz desvelada, íntima. Hasta la terraza llegan suaves, poéticos casi, los ruidos de la calle, en este mayo de 1967 —ya la tarde desangrándose—. He ido a llevarle, temorcillo de siempre, mi discurso de ingreso en esta Casa. Esta tarde, don Ramón está contento y habla, como siempre, de que el jueves próximo vendrá a la Academia. Charlamos de todas esas obrillas del género chico, zarzuelas, sainetes, etc., que he ido leyendo para mi discurso. Y don Ramón canturrea, una cenefa de sombra en la voz, numerosas letras de esas obrillas. Le mana una lejana juventud cálida desde Dios sepa qué hondura. Tiene para esas letras insignificantes la misma prodigiosa memoria que para las variantes del Romancero, de una cancioncilla tradicional. Es entonces cuando saco del bolsillo el rancio carnet incompleto, ajado, descolorido. Se lo acerco, cortedad de aprendiz en falta, ofreciéndole la pluma. Don Ramón pone allí, Curso de Filología románica de hace treinta y tantos años, su tercera última firma. La ha puesto fuera del casillero obligatorio, ha caído en el margen más de la mitad. Ya fuera del tiempo, como está él por la enfermedad, como están sus recuerdos torrenciales de esta tarde. Y yo tengo, ilusorio examen final, mis tres firmas, sin ventanillas, sin instancias ni pólizas, sin calificaciones ni garambainas administrativas. Purísimas en su reconciliada, increíble separación. Y sin desamparo. Y son, lo compruebo, las siete de la tarde. De una tarde de mayo, finales de curso. ¿De dónde, de dónde brota esa voz, fantasmal bedel, que nos da la hora? ¿Resuena aquí, en Chamartín? ¿O es allá atrás, Archivo de la Palabra, Medinaceli, 4, lunes y viernes de seis a siete de la tarde? ¿No será que en estos largos años de por medio don Ramón no ha dejado de guiarnos, de acompañarnos, ininterrumpida lección siempre penúltima? Sí, eso es lo más probable. Avivémonos. Que no tenga mañana que decirnos: Adelante, se han retrasado ustedes un poco...

ALONSO ZAMORA VICENTE.

H O M E N A J E

a

DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL (*)

* Junta pública celebrada el jueves 17 de noviembre de 1988.

Don Ramón Menéndez Pidal y el Diccionario

Hace veintinueve años, nuestro Director honorario don Dámaso Alonso publicó, en el n.º 157 de la revista *Ínsula*, un artículo titulado "Menéndez Pidal y la lingüística española". Era el número con el que *Ínsula* se sumaba, en diciembre de 1959, a los múltiples homenajes que se le habían ofrecido a don Ramón con motivo de su nonagésimo aniversario. En el artículo que digo Dámaso Alonso mostraba, en apretada síntesis, la enorme aportación de don Ramón al conocimiento lingüístico de nuestra lengua y la inagotable fecundidad de su magisterio, que había dado lugar a sucesivas generaciones de discípulos, directos primero, indirectos después, que cubrían toda la amplia nómina de la lingüística española contemporánea. Hablaba de tres generaciones sucesivas: la de sus primeros y directos discípulos, como Navarro Tomás o Américo Castro; una segunda de discípulos más jóvenes, que lo habían sido de él y ya, a la par, de estos otros grandes maestros, así don Rafael Lapesa, por poner un ejemplo señero; y la tercera, constituida por los discípulos de sus discípulos, los nietos científicos de don Ramón, con una larguísima lista de nombres, en la que estaban incluidos cinco de los actuales académicos de número, entre ellos mi maestro Manuel Alvar. Y añadía: "Todos ellos han formado ya numerosos discípulos, cuarta o novísima generación, de la que ya no voy a tratar", porque "en esa cuarta generación (Pascual González Guzman, Gregorio Salvador o Eugenio de Bustos) ya me pierdo:".

Ese artículo lo leí con hondísima satisfacción, porque me otorgaba públicamente un linaje científico del que me sentía orgulloso y me instalaba en una tradición de rigor metodológico y de claridad analítica que yo me iba a esforzar por transmitir y mantener. Cuando el profesor Alvar o el profesor Lapesa formaron parte, respectivamente, de los dos tribunales que juzgaron las primeras tesis doctorales que dirigí en la Universidad de La Laguna, la de Ramón Trujillo y la de la infortunadamente desaparecida Inmaculada Corrales, ambas sobre semántica estructural, y tanto el uno como el otro coincidieron en destacar, junto a la novedad del modelo que se proponía, la copiosa documentación textual y la fidelidad al método histórico de la mejor filología española, yo llegué a la gozosa convicción de que había acertado el camino, de que me podía considerar un pidaliano y de que estaba ayudando a formar esa quinta generación que tan brillante se mostraba.

Por eso, porque tengo conciencia de todo lo que le debo al magisterio de don Ramón Menéndez Pidal, lo que todos los hispanistas, de dentro o de fuera, le debemos, he querido participar, siquiera sea brevemente, en este homenaje que hoy rinde a su memoria la Academia que tantos años dirigió. Aunque sea yo el único de los participantes que no pueda ofrecer un testimonio vivo y directo de su persona, porque solo una vez estuve ante él y lo escuché: en junio de 1963, durante la clausura del Congreso sobre "Presente y Futuro de la Lengua Española", que había organizado en Madrid el Instituto de Cultura Hispánica. Palabras las suyas de esperanza en el futuro de la lengua y también de exacta apreciación de los problemas que el presente empezaba a depararle.

Pero lo que yo quiero recordar aquí esta tarde, en homenaje suyo, como prueba fehaciente de su clarividencia lingüística y de su capacidad de adivinación, es *el diccionario que él deseaba*, tal como lo formuló, en 1945, en el prólogo que escribió para la primera edición del *Diccionario Vox*, que recientemente ha vuelto a editarse. Porque su diccionario ideal es el diccionario que todos seguimos deseando, o mejor dicho, los diccionarios, puesto que eran dos los que él consideraba esenciales para una lengua, el diccionario selectivo, "compilación de voces autorizadas por

el uso de los buenos escritores o por la mejor tradición del pueblo", el que él llama *Tesoro*, porque lo es, dice, porque es el "depósito donde se custodia el oro acuñado por el buen uso", y junto a éste el *Diccionario total*, inventario completo de la lengua, en el que todo cabe, lo antiguo y lo moderno, lo local y lo general, lo habitual y lo raro, lo correcto y lo incorrecto, todo lo que se haya usado o se use por alguien, sea quien sea, en alguna ocasión, es decir, lo que entendemos por *Diccionario histórico*. Diseño perfecto de lo que deberían ser los dos diccionarios en los que se concentra el esfuerzo lexicográfico que se realiza en esta Casa.

Hay personas que me preguntan, al leer ahora ese texto reaparecido, cómo no ha conseguido la Academia ajustar o al menos aproximar su *Diccionario* al ideal pidaliano, por qué no es oro todo lo que reluce en ese vasto caudal léxico que la obra atesora y por qué faltan, en cambio, voces suficientemente acreditadas que enriquecerían, sin desdoro, la necesaria selección. Suelo contestar que, para seleccionar bien, hay que tenerlo todo a la vista y que, por lo tanto, el diccionario común, el selectivo, sólo podrá, si no llegar a ser perfecto, que no es adjetivo que cuadre a un diccionario, sí al menos proponerse la perfección, el día en que el diccionario total le ofrezca debidamente inventariadas todas las posibilidades de elección. Por eso don Ramón urgía, hace cuarenta y tantos años, la reanudación por la Academia de su *Diccionario histórico*, truncado entonces, como tantas otras cosas, por la guerra civil, y lentísimo luego en su marcha, trabado siempre por dificultades burocráticas, por incomprensiones oficiales, por la parvedad de sus recursos y por la falta de conciencia colectiva acerca de su ineludible necesidad.

Pero hay, además de esta constatación y de esa división dual de los diccionarios, mucha doctrina válida, incontrovertible, operante e incluso sorprendentemente anticipadora en las reflexiones lexicográficas de don Ramón Menéndez Pidal.

Ya en mi discurso de ingreso en esta Corporación invoqué su autoridad al apuntar la conveniencia de replantearse la cuestión de nuestro orden alfabético, el instaurado por la Academia en 1803 y que nos separa, aunque sea ligeramente, no sólo del orden latino universal imperante en el mundo de hoy, sino también de

nuestra propia tradición lexicográfica anterior. A don Ramón la restitución del orden universal y antiguo le parecía de una imperiosa e inexcusable necesidad. Deberíamos meditar sobre ello.

Otra cuestión que ya perturbó a los académicos fundadores y sobre la que nunca se ha establecido un criterio firme en esta Casa es la de la presencia de tecnicismos en el Diccionario. Para don Ramón el asunto estaba perfectamente claro. El lugar de los tecnicismos propios de cualquier disciplina, ciencia o actividad profesional está en los vocabularios especializados y, por supuesto, en el diccionario archivo que ha de ser el histórico, puesto que el diccionario selectivo o usual sólo ha de incluir “aquellos vocablos técnicos que una persona culta no debe ignorar porque tienen algún curso fuera de la profesión especial a la que sirven”. Mucho me agradaría que esta sentencia pidaliana la tuviéramos siempre presente al tomar decisiones sobre la incorporación de nuevos vocablos.

En una lengua de la extensión de la española, el diccionario selectivo no puede olvidar aquellas palabras que, aunque no conocidas por todos, sean de uso habitual en determinada área o áreas geográficas. Pero lo que no debe excusar es la marca localizadora, aunque los ámbitos de su uso sean distantes y dispersos, porque de omitirla, señalaba certeramente don Ramón, los vocabularios dialectales “no las registran ya, privándonos de informes precisos sobre la difusión geográfica de cada vocablo”.

No puede prescindir tampoco el diccionario usual de voces desusadas, aunque resulte paradójico el enunciado. Podrán no usarse ya, pero están en los textos clásicos, que nos hablan desde el pasado, que constituyen un horizonte indeclinable de lectura para cualquier persona culta. Ahora bien, esa literatura que ha de considerar el diccionario selectivo es, a juicio de don Ramón —y esto es muy importante recordarlo—, la del siglo xvi en adelante, y lo explica: “la literatura que hoy todavía tiene lectores habituales”, lo que le da pie para señalar, a continuación, el descuido del diccionario en lo que concierne al léxico de la literatura moderna y contemporánea.

Vemos muy bien, por consiguiente, que el hombre que dirigió tantos años esta Academia supo poner el dedo en la llaga, en las llagas que aún afligen a nuestro *Diccionario*. De ahí que, en la

empresa de mejorar éste, los consejos lexicográficos que nos legó han de estar muy presentes. El diccionario que deseamos es el diccionario que él deseaba. Porque resulta que hasta ideas que sólo han llegado a tener vigencia mucho después, ya él las había anticipado. La aparición de la semántica estructural, de la luego llamada lexemática, tuvo lugar hace un cuarto de siglo. He cultivado esa disciplina y he promovido y alentado su desarrollo; tengo que decir que no concibo un buen diccionario moderno que no la tenga en cuenta en su justa medida. De ahí que haya leído ahora con maravillado asentimiento, con plena identificación, estas palabras que don Ramón Menéndez Pidal escribió en 1945: "Todo vocablo debiera definirse en relación con los conceptos que tiene colindantes en el casillero del idioma."

La Academia honra hoy su memoria. Pero seguramente el mejor homenaje que le podemos tributar sea el de trabajar cada día, sin desmayo, para que los dos diccionarios que él imaginaba, el selectivo y el total, lleguen a tener en un futuro la calidad y la dimensión con que él los concebía.

GREGORIO SALVADOR.